

Narrativa breve
Alicia Martínez Herrera

Amor verdadero

Alicia Martínez Herrera

aliciamarher@gmail.com

Jimena había llegado a la adolescencia. Era una muchacha más salvo porque a ella no le interesaba que un chico la besara ni estaba colgada por el musculitos del instituto, como le pasaba a muchas.

Sus amigas hablaban de lo bueno que estaba el profe de gimnasia, y de los besos con lengua que su amiga Carmina había practicado con Juan. Y es que muchas de ellas aspiraban a encontrar un *Juan* con el que practicar el beso al estilo francés. Pero no era el caso de Jimena.

A ella no le interesaban los chicos, ni siquiera el profe de gimnasia. A ella quien le removía por dentro era Sara: una chica de otro curso con la que apenas había hablado pero que despertaba en ella algo que no podía explicar.

Un día, llámese coincidencia o destino, fue a casa de una vecina y allí estaba Sara, tan guapa y misteriosa que casi no podía mirarle.

No obstante, al cabo de un rato, empezaron a charlar y descubrirse, y a darse cuenta de que tenían muchas cosas en común. Incluso a Sara tampoco le gustaba el profe de gimnasia.

Hicieron buenas migas y comenzaron a tener largas conversaciones por WhatsApp en las que hablaban de sus anhelos, de sus sueños y sus metas; pero nunca hablaban de chicos, y eso era lo que a Jimena más le fascinaba, porque sus amigas no sabían hablar de otra cosa.

Cada vez le gustaba más Sara y pronto empezó a sentir algo más por ella, aunque no entendiera bien qué era.

Una calurosa tarde de primavera quedaron para ir a una nueva heladería del parque de La Rosaleda e intentar echarse a la fresca bajo algún chaparro.

Estaban tomando su helado cuando Jimena se manchó la nariz de vainilla y Sara, muy divertida, le limpió con una gracia propia de los ángeles. Saltaron chispas entre sus miradas. Jimena se sonrojó y Sara se sonrió, y, con un dedo puesto en la barbilla de Jimena, levantó su cabeza y ¡le plantó un beso!

Jimena se moría de vergüenza, pero el roce de sus labios con los de Sara era tan agradable y emocionante que no quería apartarse de ellos nunca más.

Todos los días se veían. Se fugaban fortuita y secretamente en los recreos para besarse. Se abrazaban a la sombra de los sauces del parque. Se querían de una manera inexplicable.

Las amigas de Jimena empezaron a echarle en cara sus ausencias y sintieron celos por la fuerte relación que Jimena había forjado con Sara. Y eso que no tenían ni idea de que se besaban.

Jimena no dijo nada. Simplemente no le dio importancia. Ella sólo podía pensar en Sara y en el momento de volver a verla y a posar sus labios en los de ella...

Ya al final de curso, cuando el verano amenazaba con quedarse, estaban Jimena y Sara escondidas tras un pequeño muro besándose a la hora del recreo, cuando una de las amigas de Jimena las vio, e inmediatamente fue corriendo a contarle al resto lo que había visto.

Cuando volvieron a clase, sus amigas le hicieron el vacío. Era como si Jimena hubiera cometido el peor de los crímenes, pero ella sabía que no había hecho nada malo.

Sonó el timbre para irse a casa y Jimena intentó hablar con sus amigas, quienes las únicas palabras que cruzaron con ella fueron “¡aléjate, bicho raro!”.

A Jimena le partió el alma escuchar esto y en los días siguientes dejó de hablar y verse con Sara, y deambulaba taciturna por el patio del instituto. Hasta que Sara le increpó un día para preguntarle qué le pasaba y Jimena le contó el amargo suceso. Sara se rio, y esto molestó mucho a Jimena, así que se apresuró a explicarle que si sus amigas no entendían que el amor es el amor, que no tiene fechas ni nombres ni modos, entonces quizás no eran las amigas apropiadas.

Jimena se quedó pensativa y, sin mediar palabra, se marchó, por lo que Sara se quedó muy preocupada.

Esa misma noche, Sara recibió un mensaje de Jimena: “Lo siento mucho. No sé cómo he podido ser tan tonta de dejarme llevar por lo que piensen las demás. Te quiero.”

Y ésta era la primera vez que Jimena le decía a Sara las palabras mágicas... Te quiero. Resonando como una orquesta celestial en la mente de Sara.

Desde entonces no les importó lo que dijeran o pensaran los demás. Ellas sabían que su amor era muy real y muy normal, y no tenían nada que esconder. Tampoco se sintieron nunca más un “bicho raro”, pues el amor que sentían la una por la otra era tan poderoso que el miedo se les borró...

Hoy son madres de dos niñas preciosas. Una familia feliz con muchas amigas y amigos que, como ellas, saben de forma natural que el Amor es el Amor. Sin más.

DesamParado

Alicia Martínez Herrera

aliciamarher@gmail.com

Cada día se levantaba con el mismo soniquete taladrándole los tímpanos. Se vestía como un zombi. Se aseaba y tomaba un café soluble casi de trago. Apuraba al máximo sus minutos en la cama, por lo que apenas le quedaba tiempo para prepararse y sólo veinte minutos después de haber abierto los ojos salía de casa sin ganas.

Caminaba unos escasos quince minutos a la labor, en una zona céntrica y concurrida.

Llegaba a su puesto y se sentaba cual vigía que espera que pase algo, observando a quienes les rodeaban como si de reyes se tratasen. Todos, a sus ojos, tenían una vida mejor, menos problemas, más amor. Todas las personas que veía parecían tan felices, tan risueñas mirando sus pantallas, tan normales... que despertaban su envidia, a veces de la mala.

Eran duras las mañanas porque todo el mundo llegaba, y se iba, con prisas, absortos en sus vacías vidas. Raramente se cruzaba alguien que desplegaba su amabilidad o un ápice de humanidad, y sin duda esos eran los momentos, aunque escasos, que más le llenaban.

No obstante, esperaba con ansias que llegara el mediodía, pues aunque era el primero en llegar, también era el último en irse, pretendiendo sacar el máximo provecho a su jornada, aunque a nadie le importara.

Pasadas las tres y media de la tarde recogía sus pertenencias y volvía a casa destrozado, desolado por tener que regresar a un cochambroso y minúsculo apartamento que apenas podía pagar, a pesar de lo que mucho que se había esforzado a lo largo de su vida.

Los días pasaban, con la misma rutina, con el mismo soniquete, con la misma tristeza: llegaba a su esquina, se sentaba -si hacía frío con algunas mantas- y colocaba cuidadosamente al frente una vieja lata ya demasiado raída.

La gente seguía pasando por su lado sin que casi nadie se percatara, o quisiera percatarse, de su presencia. Casi nadie se entretenía en leer un meticuloso cartel que había escrito en un cartón para explicar por qué estaba ahí, en esa desamparada situación. La calderilla de los más bondadosos resonaba de tanto en tanto en la raída lata, a lo que él sólo podía responder con palabras de agradecimiento y la mayor humildad posible, prácticamente como si le estuvieran perdonando la vida en la arena del Coliseo.

Su pelo ya canebaba y no tenía un contrato, ni indecente, desde hacía cerca de diez años, en los que había trabajado esporádicamente de forma ilegal, generalmente como extra.

Sus hijos habían emigrado en busca de un futuro mejor, o al menos un futuro, y su mujer se había marchado tras los primeros cinco años en paro, por aquello -pensaba- de que si el dinero no entra por la puerta, el amor se va por la ventana. Y porque ella, según había afirmado, se cansó de mantenerlo.

No tenía nada que perder. No le quedaba nada por lo que luchar, ni fuerzas para intentarlo. Estaba tan desangelado que decidió tomar la vía rápida y acabar con el sufrimiento de un solo golpe...

Se quitó la vida con la misma indiferencia con que la sociedad lo había tratado en los últimos años... Pero su casera, quien encontró el cuerpo, hizo de ello un escándalo, y la muerte de aquel pobre hombre apareció en todos los noticieros esa misma noche.

Por fin la sociedad se preocupaba por él. El problema es que ya era demasiado tarde.

El precio de la libertad

Alicia Martínez Herrera

aliciamarher@gmail.com

El viento soplaba fuerte, con la misma intensidad que azotaba durante toda la noche anterior, meciendo las copas de los robles y los abetos, que al chocar de sus ramas generaban una curiosa melodía que sólo los más atentos podían escuchar. La sinfonía estaba animada por el agua cayendo a borbotones de la cascada que nutría el lago Drion, y por el rumor de las piedras que se estrellaban contra otras, movidas por el aire huracanado, agitadas por la tempestad incontrolable.

Toda esa música improvisada sólo se veía interrumpida por el trotar de un salvaje y veloz equino que galopaba a favor del viento y soltaba bufidos de tanto en tanto. En sus lomos, montaba a horcajadas Elvia, dejando que su melena se enredara con el viento mientras cabalgaba a contracorriente de toda imposición, como deseando que el mundo la tragase y le fundiese con la tierra milenaria.

Se acercaba la fecha. Era inevitable que ocurriese lo que tanto tiempo se había empeñado en ignorar. Como si no existiera, como si nunca fuese a pasar; pero ella sabía que la cita era ineludible y que debía honrar a su familia, aunque su voluntad fuera muy distinta... ¿Y si se quitaba la vida? Amaba vivir, pero siendo libre, no esclava de un destino que ella nunca había elegido. Se negaba a creer que los dioses le deparasen tal futuro, porque desde que era niña sentía que debía ir al compás del viento, o llevar su propio ritmo, mas, en cualquier caso, no depender de nada ni nadie. Libertad por bandera, amor puro en el corazón, salvajismo en el espíritu. Eso era lo que la definía. Cualquier otro apelativo estaba de más, e incurría en la falsedad de lo que nos hacen creer desde pequeños, sin ser verdad.

Montando cual amazona sobre Liana, su yegua, lo único que deseaba era llegar a los confines de la Tierra, al *Finisterre* más oculto que nadie pudiera alcanzar...

Las preguntas que se hacía eran bastante simplistas: ¿por qué debía perpetuar la especie? ¿Por qué se debía a su clan y tenía la obligación de entregarle, al menos, un hijo –mucho mejor si era varón-? ¿Por qué la continuidad genética de su estirpe resultaba tan importante? Sus respuestas a tales cuestiones siempre habían sido rotundas y negativas. Ella no quería procrear. No quería ser partícipe de un sistema que aborrecía por culpa de tantos roles tan bien marcados. No deseaba ser esposa de nadie, ni madre, ni más tarde abuela. Lo que ansiaba era la libertad de hacer y ser lo que quisiera, sin reproches ni críticas de personas que no estaban en su piel.

Elvia sabía que a estas alturas estaría todo el mundo buscándola y que, si decidía apretar los dientes y hacer el camino de vuelta, no tardarían en dar con ella y someterla contra su voluntad. Por un momento le pudo el sentido del deber e hizo un amago de regresar, pero un chispazo le recorrió la columna vertebral recordándole que tenía que ser fiel a sí misma, aunque fuera la única loca en un mundo de cuerdos, o viceversa...

Pensó que ya no había vuelta atrás, así que siguió adelante con una mezcla de adrenalina y miedo que le cernía sobre la desesperación del desconocimiento. Pero daba igual. No importaba el pavor que sintiera, no importaba si para su clan aquello era una deshonra, no importaba lo que pensarán los demás. Había decidido ser libre y hacer lo que le viniera en gana; romper con todos los roles e imposiciones de su estricta sociedad; atreverse a vivir la vida que siempre le negaron. Y puesto que una madre debería ser vocacional – pensaba-, mejor sería que no pariera ningún retoño al que acabara amando por puro convencionalismo social.

Elvia decidió irse para no volver. Sin importarle el precio a pagar por su libertad.

El trabajo de su vida

Alicia Martínez Herrera

aliciamarher@gmail.com

Ella no entendía qué pasaba. No sabía por qué la vida le había deparado semejante destino. Se esforzaba por no perder los papeles y mantenerse lo más serena posible, pero cada minuto que transcurría en aquel lugar le resultaba más asfixiante. Se sentía enjaulada en una burbuja de tiempo y espacio de la que no veía escapatoria ni salida satisfactoria, mas temía sacar un alfiler y explotarla, porque en el fondo estaba segura, como protegida por el Gran Hermano.

Había pasado gran parte de su vida estudiando, haciendo todo lo que podía por ser la mejor en lo suyo, la más preparada, la más interesante, pero el engaño llegó cuando quiso salir al mundo real y se topó de bruces con el mercado laboral.

Su completísimo currículum estaba perfectamente redactado; no había título, por insignificante que fuera, que no apareciera en el documento, y del mismo modo en él hacía gala de sus mejores cualidades y aptitudes.

Interminables fueron los días en que se pateó la ciudad con su mejor cara y su chaqueta más formal entregando currículos a diestro y siniestro. Al principio tenía filtro y sólo acudía a las empresas que operaban en su campo, pero conforme fueron pasando los meses sin obtener respuesta, decidió ampliar el espectro y encaminarse a empresas de todo tipo, aunque para ellas no tuviera nada de experiencia.

Sus escasos ahorros empezaron a agotarse y la ansiedad por comenzar a ingresar iba en aumento a cada día que pasaba. No era capaz de comprender cómo era posible que habiendo hecho todo lo que le pedían, que siendo de las mejores de su promoción, que teniendo numerosos conocimientos que ampliaban su bagaje, no pudiera lograr un trabajo siquiera temporal para lo que tanto se había esforzado.

La sociedad parecía resignada hasta normalizar la situación; sus padres dudaban que hiciera todo lo que estaba en su mano por conseguir un empleo; sus amigos habían tomado una posición derrotista y ya aceptaban cualquier trabajo. Pero ella tenía la esperanza de poder trabajar en lo que amaba y se negaba a creer lo contrario.

Pasó más de un año, y tuvo que volver a casa de sus padres porque no podía mantenerse, se había quedado sin ahorros y así, sin sustento. Le apenaba profundamente la situación, y entonces tuvo que aceptar que tendría que conformarse con otro tipo de trabajos temporales: era eso o depender de mamá y papá. Y nunca le gustó depender de nada ni de nadie.

Volvió a imprimirse una pila de currículos, esta vez menos académico y más práctico, y durante varios días anduvo sin descanso por la ciudad dejando el documento hasta en la más ínfima tienda de barrio. Al cabo de un par de semanas la llamaron para una entrevista y a estas alturas le daba igual desempeñar una tarea u otra, así que se alegró

profundamente. Se presentó en la entrevista y le fue demasiado fácil lograr el empleo. Empezaría a trabajar la semana siguiente, y mientras le formarían y darían el uniforme y todo lo necesario. No era santo de su devoción, ni mucho menos, pero era un trabajo y, viendo lo visto, debía conformarse.

El primer día se presentó hasta con cierta ilusión, pero no le duró mucho el entusiasmo porque el trabajo era agotador, no estaba bien pagado y echaba más horas de las estipuladas en el contrato. Sin embargo, fueron pasando los meses y cada vez se veía más y más anclada en aquella empresa. Sin otra posibilidad.

Así fue cómo llegó a no entender nada. A verse enjaulada en una burbuja. A hacer hamburguesas en un McDonald's.